

ISABEL Y FERNANDO SORIA, DOS MÚSICOS NACIDOS EN CHIAPAS

Noé Gutiérrez González*

Este texto reúne los datos relevantes de una investigación que se volvió imprevista. El interés inicial surgió por contagio, como una de las actividades que habitualmente realizo en el Archivo Histórico que resguarda la Universidad de Ciencias y Artes del Estado de Chiapas (UNICACH). El primer movimiento es breve y tiene como tema central a Fernando Soria, abarca los 17 años de su estancia en Comitán, documentada por dos publicaciones locales de fines del siglo XIX, y la ubicación de partituras de su autoría en nuestros acervos. En el segundo movimiento, con la irrupción de Isabel, hija de Fernando, soprano ligero de voz privilegiada y errática estrella, la obra se torna compleja, surgen varios temas, es ya una invitación para hurgar en archivos y hemerotecas. El tercer movimiento, con el hallazgo de datos y personajes, tiene giros en el ritmo, cambio de tonalidades y culmina

con la localización de dos descendientes de Fernando, nieta y bisnieta, en la ciudad de México. En la coda expongo lo que está por hacerse: revisar con mirada fresca la información disponible, replantear hipótesis, confirmar inferencias, conversar con los personajes que ya cobran vida. En este momento del trabajo leo y releo a Francisco de Quevedo porque, como él, "...escucho con mis ojos a los muertos (...) y, en músicos callados contrapuntos, al sueño de la vida hablan despiertos...".

PRIMER MOVIMIENTO

El encuentro inicial con Fernando Soria Cárpena ocurre en los últimos meses de 2001. De la Escuela de Música de nuestra Universidad acude un profesor con unas partituras de este compositor, cuenta con datos vagos pero suficientes que me permiten iniciar la búsqueda en

los acervos del Archivo; las obras provienen de Comitán —se sabe que el autor vivió en esa ciudad en la segunda mitad del siglo XIX. Reviso la Hemeroteca de don Fernando Castañón Gamboa y encuentro colaboraciones de Soria desde 1888 en dos publicaciones quincenales de carácter cultural, se trata de *El Ensayo* y *El Clavel Rojo*. Por sus artículos descubro a un Soria inteligente, con sentido del humor, irónico, mesurado, que analiza, mide el tiempo y el espacio en que se mueve.

A él se debe la presencia de la música clásica y el piano en la vida cotidiana del estamento social de élite comiteco; además de impartir clases, compone numerosas obras del género conocido como música de salón, muy popular desde la segunda década del siglo XIX en Europa y que hoy vive un resurgimiento inusitado. En nuestros acervos contamos con ocho de sus partituras para piano, son piezas de buena factura, ligeras, con dominio de las reglas de composición, complacientes al oído, equivalentes a una ofrenda floral y, en el caso de Soria, avanzadas para su época. Llama la atención, después de

haber escuchado algunas de sus obras, que no se incline por componer, estando en Comitán, para el instrumento típico de Chiapas: la marimba, ni por imprimir carácter localista a alguna de sus partituras.

En la Colección Agripino Gutiérrez de la UNICACH encontré un himno a Chiapas adjudicado a Fernando Soria; la obra es para coro y banda de música y cuenta con una reducción para piano; sólo los primeros compases tienen el aire marcial de cualquier himno, luego divaga en el lirismo y es tan complicada que se aleja del carácter popular que distingue a este género. No es descaminado pensar que si la autoría es de nuestro personaje la obra se presentó, y no ganó, en el concurso convocado en 1913 por el gobierno de Bernardo A.Z. Palafox para ofrecer a los chiapanecos una pieza musical que promoviera la concordia, rota por el enfrentamiento, desde 1892, entre sancristobalenses y tuxtlecos por la sede de la capital del estado.

Cuando desconocía casi todo sobre la vida de Soria, localicé una gacetilla de *El Clavel Rojo* (núm. 6, del 16 de sep-

tiembre de 1901) que informaba de la publicación de un retrato y panegírico de su vida artística en *The Mexican Republic* (núm. 4, primera semana de septiembre de 1901), semanario editado en la ciudad de México. Era cuestión de localizar ese periódico para saber el lugar de su nacimiento y el de su formación musical, pero la búsqueda fue infructuosa. Supuse que había nacido en la capital porque al menos en dos artículos suyos en *El Clavel Rojo* se refería a Comitán como "este hermoso jirón de nuestra patria", por su libro *Manual del músico mexicana* y por la fantasía patriótica mexicana *¡Dios, patria y libertad!*

Como la información fidedigna escaseaba, supuse también que abandonó Comitán intempestivamente, sin despedirse de sus amigos del periódico, que fueron entrañables, y de sus numerosas discípulas, porque había tenido un llo de faldas. En el alcance al número 9 de *El Clavel Rojo*, con una carta remitida desde San Cristóbal de Las Casas el 25 de octubre de 1901, se despide de su director Porfirio Gordillo. En ella expresa que por 17 años vivió en Comitán, allí encontró a la compañera de toda la vi-

TEATRO IRIS

190111 11 1011-1011

Locales: 1. Doble
Maestro J. M. Acuña

**Domingo 3
de Marzo de 1929**

A las 8.30 p. m.

Obra de Henry Wallace
Presentación de La Agrícola Superior

ISABEL SORIA

COPIA

RIGOLETTO

Clásicamente interpretado por

ELIORA LIZ REYES — ALBERTO SAINZ — MARCELO ROBERTO MALPICA
Y FRANCISCO ALONSO

SEAN BOQUETA Y MATA CABAL - BELLA PRESENTACION ESCENICA

LUNETAS \$3.00 GALERIA \$0.75

da, allí nacieron sus hijos; en el último párrafo dice: "Si alguna vez, naufrago de las borrascas de la vida, necesito una playa salvadora, volveré siempre la vista a Comitán". Al pie del texto de despedida, la nota de la redacción informa: "Comitán ha perdido mucho con la separación del afamado compositor y pianista Dn. Fernando Soria, pues él ha sido el campeón del bello arte de Rossini, el que más se ha esforzado por crear el gusto a la música clásica; debido a él hay numerosos pianos en la población y casi todas las señoras y señoritas de la crema, saben ejecutar con dulzura ya

un nocturno de Chopin, ya una romanza de Fosté ó Denza, é interpretan y gozan con las grandes composiciones de Beethoven, Gounod, Bellini, Auber, etc.; él ha sido, en fin, quien logró hacer una completa evolución en la música local”.

SEGUNDO MOVIMIENTO

Para mediados de 2002 concluí que las pesquisas para saber más del elusivo Fernando Soria habían sido vanas. De Isabel Soria sabía que nació en Comitán el 6 de enero de 1890 y contaba con algunos datos de su vida artística por la nota biográfica que aparece en el *Diccionario Porrúa de historia, biografía y geografía de México*.

Providencialmente, en octubre de 2003, en el mar de papeles de una parte del Fondo Secretaría General de Gobierno de nuestro Archivo que está en proceso de ordenamiento, apareció un expediente que ostenta esta carátula: “Ayuda a la soprano Isabel Soria —1929—” y contiene una carta manuscrita de Eduardo Carredano, fechada el 19 de noviembre de ese año, procedente de Azcapotzalco, México, D.F., y diri-

gida al entonces gobernador Raymundo Enriquez; en ella propone la realización de algunos conciertos de la cantante, quien se encuentra de gira por México y le manifiesta el deseo de presentarse ante sus paisanos. “Mi representada”, dice Carredano, “es oriunda de Chiapas, pues que nació en Comitán. Hija de don Fernando Soria y de doña Refugio Zepeda. Debido a su esfuerzo personalísimo logró elevarse en las altas cumbres del arte lírico y es una positiva gloria nacional que ha colocado muy alto el nombre de México en toda Europa, siendo singular el caso de que una chiapaneca haya paseado en triunfo por el extranjero el nombre de su terruño”.

La respuesta fue rápida, el gobernador autorizó el pago de \$748.20 el 19 de diciembre de 1929 “a favor de la señora Isabel Soria para que viniera a dar conciertos en esta capital”. El bisemanario *Chiapas*, de Tapachula, en la primera plana del 22 de diciembre de ese año, encabeza una nota: “Hizo honor a sus laureles la cantante Isabel Soria. En su función de homenaje la diva chiapaneca reveló los altos quilates de su voz” y confirmó la realización de un concier-

to en Tuxtla Gutiérrez. El 5 de enero de 1930, el mismo periódico nos informa que "es objeto de estruendosas ovaciones en todas las ciudades que visita, especialmente en su tierra natal"; para entonces ya había cantado en Comitán y San Cristóbal de Las Casas y el redactor de las notas expresa el deseo de que se presente en el teatro Figueroa de Tapachula. El empresario del local, el señor Antonio Díaz Bullard, alega el riesgo que representa invertir en el concierto por "el elevado precio que la eminente diva cobra por las localidades"; además, en esas fechas se presenta la compañía de revistas y zarzuela de Lupe Rivas Cacho y el Trio México Lindo, que le garantizan buena taquilla. La prensa le hace ver que en ocasiones debe sacrificarse el éxito económico en favor del artístico. Isabel dice en entrevista que si no hay teatro está dispuesta a cantar en la plaza pública. Al fin llega el arreglo: el jueves 6 de febrero de 1930, la diva se presenta en Tapachula, la localidad que se cobra es de dos pesos, el teatro no se llena y el reportero se conduce "de la poca afición que nuestro público tiene por espectá-

culos de esta naturaleza, pueblo ávido de jazz y de bataclán", y concluye la nota diciendo que "salimos del Figueroa tarareando el 'caro nome' de Rigoletto y lamentando no poder tener el gusto de volver a oír a Isabel Soria, vegetando en esta monótona vida insomne donde cada año nos llega un soplando de arte".

Transcribo la reseña que hizo Fernando Castañón Gamboa (*Historia del Teatro Emilio Robasa*, 1947, pp. 237-238) de la presentación de la cantante en 1929 en la capital chiapaneca: "Un acontecimiento artístico extraordinario se presentó en el Teatro la noche del 15 de diciembre: el debut de la genial diva chiapaneca Isabel Soria, gloria de nuestra patria. La Soria, una de las grandes artistas mexicanas que han honrado a México en el extranjero, trajo en esta vez un manojo de laureles conquistados con su voz maravillosa en los teatros europeos, como el Real de Madrid y la Scala de Milán. La singular artista puso de relieve cuanto vale el tesoro de su voz. En su debut alcanzó otro triunfo culminando en 'Lucia Lammermoor', 'La Sonámbula', 'El Carnaval de Venecia' y 'Dinorah'; en el piano también hizo pro-

digios, ya que sus manos privilegiadas ejecutaron filigranas de arte. Para rendirle homenaje de simpatía y admiración, la señora Gloria S. de Enríquez, Domitila P. de Ruiz, Natalia de Cruz, Ignacia H. de Cancino, Raquel M. de Ruiz, Eduwiges de Villers y Elvira de Cáceres, le dieron un elegante baile en el Teatro a la siguiente noche, en el que reinó la alegría. La Soria amenizó la fiesta con algunos números de canto que, como siempre, cautivaron a la concurrencia; después hizo uso de la palabra profundamente emocionada para agradecer el agasajo".

Las notas periodísticas que acompañan la carta del citado expediente aportan información valiosa: fotos de Isabel con atuendos de la época, noticias de sus éxitos en la Unión Radio de Madrid y lo que puede considerarse su consagración en la temporada de ópera del Teatro Apolo de la capital española. Este dato lo confirmé después en la base de datos de la Biblioteca Nacional de España, en la que aparece la reproducción de la página 29 del diario *ABC* de Madrid del 20 de enero de 1926 y que transcribo enseguida:

"La radiotelefonía tiene algo de antífaz. Deja oír los cantos de artistas que el auditorio no ve.

"A Isabel Soria la ha oído todo Madrid, y puede afirmarse que toda España radioescucha; pero hasta anoche no la han conocido muchos de sus oyentes. En cambio hasta anoche no ha escuchado ella los aplausos del público.

"La voz fina, flexible y fácil que hasta aquí se había deslizado desde el micrófono y al través del aire, sonó en el teatro de Apolo y los espectadores abandonaron el monólogo para entablar el diálogo, entonar en alta voz la alabanza y aplaudir con las ganas que hubo de aguantarse al oír a la gentil artista por virtud de las ondas y los auriculares.

"Su Gilda [personaje femenino principal de la ópera *Rigoletto* de Giuseppe Verdi] fué tan afortunada que repitió el Andante de la Cavatina, y los aplausos resonaron de nuevo con aparato de ovación al terminar el 'pezzo', cuyos agudos y sobreagudos filó muy bien, segura y arrogante.

"Un éxito felicísimo, en fin, que la acompañó en el resto de su 'particella'

saboreando, con Fleta y Damiani, las llamadas al proscenio a la terminación de los actos y consagrando así el triunfo con que inicia su paso por la escena lírica.

"Fleta estuvo hecho un Fleta, y con esto queda hecha la debida ponderación de su trabajo, y Damiani, como siempre, muy bien, pero muy bien.

"Asistieron a la velada la Reina doña Victoria, el príncipe de Asturias y la infanta doña Isabel.

"Muy concurrida y brillante la sala, que es lo que a gran parte del público de butacas y palcos agrada tanto o más que la ópera que se canta.- A. M. C."

En una entrevista de marzo de 1929, Isabel dice que se inició en la música en la pequeña orquesta que su padre formó con sus otros hijos. Cuando Soria y familia dejan Comitán, Isabel tiene once años de edad y es probable que su padre, al descubrir el talento de su hija, haya decidido mudarse a la capital del país para promover su formación musical. ¿Cuándo y por qué viajó a Madrid?, no lo dice, pero sí que sus programas radiofónicos los escuchaba el príncipe de Asturias y le llamaba por te-

léfono para solicitarle la repetición de las piezas de su agrado. La reina madre (María Cristina de Habsburgo-Lorena) fue "la más grande protectora" de su carrera artística; dada su predilección por la música, es probable que haya ejercido el mecenazgo, pues en su biografía el tenor puertorriqueño Antonio Paoli consigna que por intercesión de la reina María Cristina, estudió música en el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial y en la Academia de Canto de la Scala de Milán. Paoli es el que invita a cantar a Isabel en la primera emisión de la primera radiodifusora boricua el 3 de diciembre de 1922, y seguramente también fue su maestro, pues Isabel informa que él la descubrió como cantante de ópera y la hizo interpretar *Desdemona* de *Otelo*, la penúltima ópera compuesta por Verdi en 1887.

Con este historial llegaba a México Isabel Soria, con 39 años cumplidos, para presentarse en el teatro Iris (hoy Teatro de la Ciudad) de la capital del país, el domingo 3 de marzo de 1929; la obra, *Rigoletto*, de Giuseppe Verdi, con la que había triunfado en Madrid, al lado de Miguel Fleta, unos de los tenores



más afamados del momento, a la par de Enrico Caruso y Antonio Paoli.

TERCER MOVIMIENTO

La precisión en las fechas señala rutas más acotadas en la investigación. En febrero de 2004 viajé a la ciudad de México. En la hemeroteca del Archivo General de la Nación (AGN) encontré varias notas periodísticas que dan cuenta del bien publicitado debut de la diva en la ciudad de México, donde no alcanzó el éxito que debía ser rotundo para consagrarla en su patria y refrendar los

lauros que con la misma obra de Verdi había conquistado en España desde 1926.

El mismo día del concierto, Fradique (semanario *Revista de Revistas* de *Excelsior*, 3 de marzo de 1929, p. 39) escribe sobre Isabel: "En plena madurez de sus triunfos, consagrada por la crítica y los públicos de Europa, regresa a México Isabel Soria, soprano ligero que posee una voz prodigiosa, verdadera cantante de méritos propios y personalidad indiscutible (...) Ha recorrido España, Italia, Austria, Inglaterra, Portugal, Rusia, Egipto, Cuba (...) En todas partes causó una impresión inolvidable (...) Su extensísima escala es extraordinaria, pues abarca aproximadamente dos octavas y media desde el do natural, escrito en clave de sol, bajo el pentagrama, hasta el fa sobreagudo que se coloca tres líneas adicionales encima de la pauta; es decir, 18 notas en la escala diatónica y 30 en la cromática. Semejante extensión es excepcional..."

En las últimas líneas de su nota, Fradique da cuenta clara del estado de agotamiento de la ópera por esos años: "En la decadencia actual del Bell Canto

en México donde las temporadas de ópera fracasan por la ausencia del público de las salas cultas y serias para refugiarse en los teatros frívolos —quizá en parte, por la falta de personalidades nuevas y de positivo mérito— la presencia de Isabel Soria puede significar un resurgimiento de devoción por las armonías musicales, por el arte más alto, representativo y depurado...”

En el diario *El Universal* (miércoles 6 de marzo de 1929, segunda sección, p. 2, columna “Teatralerías”), J.J.G. escribe con tono despectivo:

“Muy esperado era el ‘debut’ de la señora Soria. Se había hecho profuso réclame; se anunció con caracteres de los gruesos, que la cantante procedía de dos famosas escenas líricas: el Real de Madrid, y la Scala de Milán. Se repartieron folletos con laudatorios juicios críticos acerca de las excepcionales virtudes artísticas de la ‘debutanta’. En realidad, se pecó por carta de más. No siempre es prudente sonar el bombo con tal estrépito. A quien se perjudica principalmente es al artista nuevo para el público.

“La señora Soria es mexicana y na-

da más natural en nuestros dilettanti que su deseo de confirmar cuanto se decía de ella.

“Sin embargo, quienes fueron ayer al Teatro Iris, mostráronse al principio singularmente reservados, al punto de no darle al aparecer en escena la artista, el obligado aplauso de cortés saludo.

“Sin duda, tal silencio influyó en el ánimo de la señora Soria, y junto con el natural temor a toda presentación mer-móle arrestos y presencia de espíritu, siendo por lo mismo, su actuación menos feliz en este acto que en los siguientes.

“Más dueña de sí misma la observamos en el acto tercero, cantando con mayores bríos el dúo famoso con el barítono.

“En el cuarteto le escuchamos bellos agudos, y delicadamente dijo la romanza final.

“Creemos que en mejores condiciones psíquicas la señora Soria podrá desarrollar todas sus facultades vocales, tan elogiada en Europa. Podremos ver, entonces, si es en efecto nuestra compatriota, una celebridad.”

Otro es el tono de Fradique (sema-

nario *Revista de Revistas de Excelsior*, columna "De telón afuera", 10 de marzo de 1929, p. 37]: "...Con el 'Rigoletto' hizo su presentación en el Iris la soprano lígero Isabel Soria, compatriota nuestra que logró en Europa positivos triunfos. Ante todo, la impresión producida por la cantante mexicana, en cuanto pisa la escena, no puede ser más grata. Tiene bella figura, sabe vestir elegantemente y se mueve con facilidad y sencillez. La presentación ante un público nuevo, las molestias de la altura, desconcertaron un poco a la artista. No podía disimular sus nervios y sin embargo, supo granjearse la voluntad unánime, bisando algunas de las partes más difíciles de la ópera. El cuarteto del tercer acto fue aclamado por la selecta concurrencia, bisándose a instancias de la misma. Alberto Sáinz cantó perfectamente la 'donna e mobile' y el 'Rigoletto' hecho por Malpica, afirmó los prestigios de este magnífico elemento. Elvira Luz Reyes y Alonso actuaron con verdadero 'amore', resultando una función completa y de grato recuerdo. Esperamos escuchar a Isabel Soria en 'El Barbero de Sevilla' o en 'Lucia' —que está

ensayando ya—, para emitir nuestro juicio sincero y desapasionado".

Una semana después, el 17 de marzo, Fradique hace la crónica de la puesta en escena de *Lucia de Lammermoor*. Después de señalar que Isabel tiene el secreto matiz y el dominio de la escena, dice: "¿Por qué notamos algunas desafortunaciones?... ¿Sería la orquesta?... Tal vez la misma nerviosidad de la cantante demostrada desde la primera función, lo cierto es que el público aplaudió fervorosamente a la gentil compatriota, sobre todo en el aria del delirio que domina y llena de interés (...) En suma: Isabel Soria, es una cantante seria, de bellísima voz, que puede llegar a realizaciones definitivas. Una soprano que puede actuar en cualquier teatro de primera categoría, aun cuando precise rebajarle algunos adjetivos que por lo demás no deben extrañarnos en este medio donde las comparaciones y los términos sonantes parecen fabricados por la imaginación de un aragonés. Isabel Soria cantará pronto *Traviata* y esperamos que para esa ocasión, músicos, segundas partes y coros, tomen la cosa un poco más en serio".

La visita al Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional en ese mes de febrero me permitió localizar cinco piezas de salón de Fernando Soria y nueve coros escolares para niños intermedios y superiores (*sic*), todos editados por Wagner y Levien de México y, lo más importante, una entrevista con Isabel Soria, probablemente de *Excelsior*, hecha en 1960 —el recorte no tiene estos datos pero al menos la fecha se infiere porque en el texto se dice que Isabel tiene setenta años—, incluye una foto suya y una referencia que me remitió a la Hemeroteca Nacional para buscar una publicación mensual especializada en música de 1933 llamada *México Musical*.

De la entrevista obtengo datos hasta ese momento desconocidos: además de la foto que la muestra como una señora robusta, sonriente y afable, me entero que en ese año (1960) vive en un modesto departamento de la calle Álvaro Obregón donde tiene una academia de canto y piano; que contrajo matrimonio con el actor Leopoldo Gutiérrez Lara en 1908, por él incursiona en el arte dramático actuando en la com-

pañía de Virginia Fábregas e hizo zarzuela en el teatro Principal de la ciudad de México; de esa unión tuvo dos hijas, que enviudó a los pocos años de casada y después volvió a contraer nupcias con un español de nombre Eduardo Carredano —en 1929 es su representante artístico y es quien envía la carta al gobernador chiapaneco proponiéndole los conciertos de Isabel en las festividades de ese fin de año—; que además de cantante y actriz, es pianista y compositor; que vivió una larga temporada en Puebla, para luego regresar a la ciudad de México.

Por la consulta de *México Musical* (enero de 1933) me entero de que Fernando Soria tiene a su cargo la sección “Galería de músicos mexicanos”, en la que presenta vida y obra de artistas ignotos y, para mi fortuna, en ese número incluye su autobiografía. Al fin conozco algunos datos sobre la vida de don Fernando que esperaba encontrar en *The Mexican Republic*, la publicación citada en el primer movimiento de este texto. Soria dice que nació en Ocozacoatlán, a 30 kilómetros de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, el 11 de agosto de

1890, que su madre, María Cárpena de Soria, originaria de Lima, Perú, enviudó cuando tenía tres años de edad; dos años después, a causa de las penurias económicas que padecían, fue "puesto bajo el protector amparo del filántropo sacerdote católico, Don Nicolás Figueroa, cura párroco de Tuxtla Gutiérrez, quien le impartió el conocimiento de las primeras letras y contrató a un maestro que le enseñara los primeros rudimentos de la música".

Para fortuna del niño Fernando, Figueroa fue nombrado rector del Seminario Conciliar de San Cristóbal de Las Casas en 1872. Soria ingresa a dicho plantel y se desempeña como primer corista a fin de retribuir la enseñanza y los alimentos que ahí recibe; en 1879, cuando tenía 19 años de edad, abandona el seminario porque no tenía vocación para la carrera eclesiástica y no deseaba defraudar las esperanzas de su benefactor. Desde esa fecha y por cuatro años recorre varias poblaciones de Chiapas y Tabasco, dedicado a la enseñanza del piano; en 1883 ingresa, por unos cuantos meses, al Conservatorio Nacional de Música; para hacerlo acu-

de al señor Santiago Ballescá, quien lo presenta con don Alfredo Bablot, director del Conservatorio. Indago y me entero de que Ballescá es un catalán simpatizante de la causa juarista y amigo de Justo Sierra, que funda con su padre una empresa editorial que intervino en la publicación de la enciclopedia *México a través de los siglos*. Bablot, francés, también juarista activo, fundó con Ignacio Ramírez *El Clamor Progresista*, entre otros periódicos. ¿Cómo, estando en Chiapas, con 23 años de edad, tiene Soria estos contactos y acude a ellos para un simple trámite de inscripción al Conservatorio?

A fines de 1883 regresa a Chiapas y se instala en Comitán, donde establece su residencia por 17 años. Para la época, la movilidad de Soria es sorprendente: se dedica a la composición, a la enseñanza de música y piano en el lugar de su residencia, San Cristóbal de Las Casas, y Quezaltenango, Guatemala, y un año después, con el fin de ver realizada la "ensoñación más halagüena" de su niñez, solicita al gobierno del estado apoyo económico para formarse como profesor de música en el Conservatorio

Nacional de Música; la petición le fue negada.

Debo decir que Fernando Soria cuenta con 73 años de edad cuando escribe su autobiografía, en la que consigna que en 1911 se traslada al puerto de Veracruz, donde vive por siete años y persiste en sus empeños: colabora en publicaciones especializadas en música, imparte clases de piano y compone. En 1918, por razones de salud, regresa a México, de donde ya no se ausentará más; también informa que ha compuesto más de 300 obras.

En esta misma "Galería de músicos mexicanos", Soria incluye una breve biografía de su hija Isabel; consigno datos de ella hasta ahora desconocidos: en 1905 ingresó al Conservatorio Nacional de Música, fue discípula de perfeccionamiento de piano de Ricardo Castro, y de canto de Antonia Ochoa de Miranda, y más tarde, en Puerto Rico, de Antonio Paoli; cantó en Milán bajo la dirección de Arturo Toscanini y, después de una extenuante gira de conciertos por la República, incluido Chiapas, "en la actualidad [1933] está dedicada a la enseñanza del bel canto en una acade-

mía particular que fundó en la ciudad de México".

La reconstrucción de mis personajes es más completa en este momento, pero también crecen las interrogantes y mi interés por indagar. El 5 de julio de 2004 viajo a Comitán y en la Oficialía 2 del Registro Civil encuentro en el libro del primer semestre de 1896 las actas de nacimiento de Isabel, Moisés y Fernando Soria Zepeda; en el libro del segundo semestre de 1900 hallo el registro de Rafael Soria. Para este año, el formato de las actas de nacimiento ha cambiado, se requiere más información de los padres y sus ascendientes; así, para mi sorpresa Fernando Soria declara que es originario de Guatemala, que su padre se llama Manuel Soria e ignora si vive, y su madre, María Cárpena, natural de Lima, Perú, tiene 56 años y radica en Tuxtla Gutiérrez.

Dos días después, el 7 de julio, visito el Archivo Diocesano, en San Cristóbal de Las Casas, encuentro dos cuadernillos del Seminario Conciliar que dan cuenta de los resultados de exámenes y distribución de premios a los alumnos, uno de 1872 en el que constato que el

rector es Nicolás Figueroa, el protector de Fernando, y el otro de 1879; en ambos aparece el nombre de Soria. Infero que su estancia en el colegio seminario por siete años le aportó, además de una educación privilegiada, una clara conciencia de su talento natural y musical, carácter tenaz para sus propósitos personales y capacidad para sacar provecho de las redes de relaciones que tan bien tejen las órdenes religiosas y el ejercicio periodístico.

El 13 de julio viajé a la ciudad de México por quince días, mi propósito era visitar la calle Álvaro Obregón y preguntar entre vecinos y propietarios de negocios por Isabel Soria; contaba con su foto y con que 1960 no era una fecha remota. No tuve éxito, como tampoco lo tuve cuando acudí a la colonia Azcapotzalco para buscar en la calle San Marcos el número 11, dato que aparece en la carta que Eduardo Carredano le envió al gobernador chianepanco en 1929; seguramente este fue uno de los domicilios de Fernando Soria en el Distrito Federal. No me desalenté, busqué en Teléfonos de México y en la empresa que confecciona los directo-

rios telefónicos para consultar sus ediciones viejas; los resultados fueron infructuosos. Acudí de nueva cuenta al Archivo General de la Nación, visité el Archivo Histórico de la Ciudad de México, la Biblioteca Miguel Lerdo de Tejada de la SHCP, el Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, la radiodifusora XEW y la Biblioteca del Centro Nacional de las Artes.

El 22 de julio acudí al Registro Civil de Arcos de Belén, donde tuve la fortuna de encontrarme con un historiador: Manuel Castillejos, a quien le expuse mis intenciones. Al día siguiente, por la tarde, me franqueó el acceso a la parte histórica del Registro, revisé las gavetas que contienen miles de fichas de 1925 a 1975 y con la valiosa ayuda del señor Javier Magaña Medina, virtual jefe del archivo del Registro Civil, hallé actas de matrimonio, defunción y nacimiento de varios miembros de la familia Soria Zepeda: Josefina, María Antonieta, Soledad y Raúl, hermanos de Isabel. De este último, además de su acta de matrimonio con Concepción Roldán Garduño, encontré las actas de nacimiento de sus dos hijas y la de matrimonio de una de

ellas. Este documento me acercó a 1972 y sobre todo a una dirección: Prosperidad 80-1.

Esa tarde fue de hallazgos afortunados. En una sección de libros de matrimonios a domicilio, revisé los del año 1908 y encontré el registro de la boda de Isabel con Leopoldo Gutiérrez Lara, celebrado el 17 de octubre. Ella tenía 18 años y él 25. Otra sorpresa hallada en este documento: Fernando Soria declara ser originario de Tuxtla Gutiérrez.

El 24 de julio revisé el directorio telefónico de la ciudad de México e hice una lista con los nombres de personas cuyos apellidos combinaran con Soria, a partir de la certidumbre de los matrimonios de los hijos de Fernando; en ningún caso obtuve resultados positivos. Agotada esta posibilidad, acudo a la Guía Roji, existen tres calles con el nombre de Prosperidad. Elijo la colonia Escandón.

Al día siguiente, domingo 25 de julio, acudo a la dirección. La dueña del edificio me informa que ahí vivieron los Soria Roldán, sabía que una de las hijas, María de Lourdes, vivió hasta hace poco, antes de partir a Cancún, en un edi-

ficio de departamentos de la calle Progreso, número 25, de la misma colonia y que era probable que su hija Cynthia aún ocupara ese departamento. Convencí al portero del edificio, subió al departamento de Cynthia y mientras esperaba noticias de ella en el pequeño vestíbulo recibí una llamada telefónica desde Cancún de María de Lourdes. Le hice saber el objeto de mi irrupción en sus vidas y vencí su reticencia; al rato, tenía frente a mí a Cynthia Calderón Soria. Había culminado con éxito mis pesquisas detectivescas.

La tarde de ese día fue de disfrute por el logro obtenido: Cynthia me había proporcionado la dirección electrónica de su madre y a la mañana siguiente ya la estaba acosando para que me proporcionara información de otros miembros de la familia Soria para entrevistarlos. Ya imaginaba en mis manos el voluminoso expediente de la trayectoria artística de Isabel. El tiempo de mi estancia en el D.F. se agotaba, los días de vacaciones ocupados en la investigación obstinada terminaban, debía regresar a Chiapas a mi trabajo en el Archivo Histórico. Pronto descubrí que yo

sabía más que ellas de la vida de Fernando e Isabel Soria.

Antes de concluir, es de toda justicia mencionar las aportaciones que Silvia Reyna Pacheco ha realizado a la investigación pues la ha tomado como suya. Desde Puebla me proporciona información de archivos y personas que conocieron a Eduardo Carredano, Isabel y a una de sus dos hijas, Cuca, o Ada Croner, que adoptó como apellido el de Eduardo y contrajo matrimonio con el actor Antonio Brillas.

CODA

Me propongo revisar acuciosamente la información reunida hasta ahora, regresar con las personas que pueden proporcionar información preciada; descubrir los intersticios que condu-

can a nuevas avenidas; explorar el terreno virgen de Europa, sobre todo de Madrid, donde Isabel logró la fama de la que venía precedida y que le fue reconocida por los críticos, a pesar de sus tropiezos, en su debut en la ciudad de México en 1929. En la capital española espero encontrar noticias suyas, de su trayectoria en la Unión Radio de Madrid y, más aún, acaricio la idea de hallar grabaciones de la diva en esa radiodifusora para escuchar su voz, pues de su padre, más lejano en el tiempo, se tiene programado ejecutar las partituras disponibles por profesores y alumnos de la Escuela de Música de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, como ya sucedió con *Viaje de boda*. En fin, me propongo seguir disfrutando de este juguete de la imaginación que es enervante.

* Lingüista, es jefe del Departamento de Acervos Especiales y Archivo Histórico de la UNICACH.